

Entre los hombres que Ethel habia visto, Ordener era el que más y el que menos conocia. Aparecióse en el camino de la doncella como aquellos ángeles que visitaban á los primeros hombres, envolviéndose á la vez en claridades y en misterios; su sola presencia revelaba su naturaleza, y eran adorados: de este modo Ordener habia dejado ver á Ethel lo que los hombres ocultan, el corazón, y habia guardado silencio absoluto sobre lo que los hombres más se vanaglorian, sobre su patria y su familia; las miradas de Ordener habian bastado para que Ethel tuviese fé en sus palabras; ella le amaba y conocia su corazón, pero ignoraba su nombre.

—Noble de corazón! repitió el anciano. Esa nobleza es superior á la que dan los reyes, porque Dios es el que la dá y la prodiga menos que ellos. Levantando al decir esto el prisionero los ojos á un roto escudo de armas, añadió:—¡Y sobre todo, Dios nunca la quita!

—Por eso mismo, padre mio, el que conserva ésta se debe consolar fácilmente de perder la otra.

Hicieron estremecer al anciano estas palabras y le devolvieron todo su valor. Prosiguió diciendo con voz firme:

—Tienes razón, hija mia. Pero tú no sabes que la desgracia que el mundo considera injusta, resulta algunas veces justificada por nuestra íntima conciencia. Tal es nuestra miserable naturaleza: cuando somos desgraciados, nos acusan dentro de nosotros mismos, para recordarnos culpas ó errores antiguos, multitud de voces que callaban en los tiempos de nuestra prosperidad.

—No habéis, por Dios, así, padre mio, le contestó Ethel profundamente conmovida, porque en la voz alterada del anciano conoció que habia dejado escapar el secreto de uno de sus dolores. Le miró, y besando su mano fría y arrugada, le dijo con dulzura:—Con mucha severidad juzgais á dos hombres nobles, á Ordener y á vos.

—Y tú decides con mucha ligereza, Ethel.

—¿Hice mal en tributar justicia al generoso Ordener?

Schumacker frunció las cejas y dijo con tono severo:

—No puedo aprobar, hija mia, que consagres tu admiración á un desconocido, al que acaso no vuelvas á ver.

—Oh! dijo Ethel, sobre quien esas palabras indiferentes caían como una capa de plomo; no lo creais: es seguro que le

volveremos á ver. ¿No vá por nosotros á afrontar un peligro?

—Confieso que al principio me aluciné como tú con sus promesas. Pero no, no afrontará ese peligro y así no tendrá que volver.

—Le afrontará!

El tono que dió Ethel á esa frase era casi el de la reconvención, porque se sentía ultrajada en Ordener. Además, su corazón estaba seguro de lo que afirmaba.

El prisionero prosiguió con indiferencia:

—Pues bien; si vá á pelear contra ese bandido, si se expone á ese peligro, mayor motivo para que no vuelva.

Una palabra dicha con indiferencia roza muchas veces la llaga secreta de un corazón inquieto y desgarrado. Incluyó Ethel su rostro pálido para ocultar á las frías miradas de su padre dos lágrimas, que á pesar suyo se escapaban de sus hinchados párpados.

—¿Quizás mientras así estais hablando, padre mio, murmuró con voz doliente Ethel, ese noble desventurado muere por vos!

El anciano meneó la cabeza en señal de duda.

—Ni lo creo, ni lo deseo, y si eso sucediera, cuál sería mi crimen? Ser ingrato con ese jóven, cuando tantos otros lo han sido conmigo.

Profundo suspiro fué la única contestación de Ethel, y Schumacker, inclinándose sobre la mesa-escritorio, continuó rompiendo distraído algunas hojas de las *Vidas de los hombres ilustres* de Plutarco, cuyo volumen, ya roto en cien partes y lleno de notas, estaba delante de él.

Un momento después se abrió la puerta y Schumacker, sin volver la cara, gritó:—Que nadie entre! Dejadme solo! ¡No quiero que entre nadie!

—Es su excelencia el gobernador, respondió el ujier.

En efecto, un anciano con uniforme de general, que llevaba pendientes al cuello los collares del Elefante, de Dannebrog y del Toison de Oro, se adelantó hácia Schumacker, que medio se levantó del sillón repitiendo entre dientes: ¡El gobernador!... El gobernador!...—El general saludó con respeto á Ethel, que en pie al lado de su padre le contemplaba inquieta y temerosa.

Recordaremos en pocas palabras el motivo de la visita del general Levin á Munckholm. El lector no habrá olvida-

do las desagradables noticias que atormentaban al anciano gobernador en el capítulo XX de esta verdadera historia. Al recibirlas, ocurriósele al general la necesidad de hacer sufrir á Schumacker un interrogatorio, pero no pudo decidirse á efectuarlo sin gran repugnancia. La idea de ir á atormentar á un desventurado prisionero, que sufría ya tantos tormentos y á quien él conoció tan poderoso, escudriñando severamente los secretos de la desgracia, aunque ésta fuese culpable, repugnaba á su bondad y á su generosidad. Sin embargo, el servicio del rey lo exigía, y no debía el general salir de Drontheim sin adquirir los datos que pudieran desprenderse del interrogatorio del autor aparente de la insurrección de los mineros. Por fin, la tarde anterior á su salida, después de celebrar una larga y confidencial conferencia con la condesa de Ahlefeld, se resignó el gobernador á ver al preso. Encaminándose al castillo, la idea del interés del Estado y la del partido que sus numerosos enemigos personales podían sacar de su aparente negligencia, y quizás también las astutas indirectas de la esposa del canciller, habian fermentado en su cabeza y la fortificaron en su resolución. Subió, pues, á la torre del Leon de Slesvig con el proyecto de ser severo, prometiéndose á sí mismo serlo con el conspirador Schumacker, como si no hubiese conocido nunca al canciller Griffenfeld, de prescindir de todos los recuerdos y hasta de su propio carácter, y hablar como juez inflexible á su antiguo colega en favor y en poder.

A pesar de su resolución, apenas entró en la estancia del ex-canciller le impresionaron tiernamente el rostro venerable y tétrico del anciano y el semblante dulce, pero altivo, de Ethel; de modo que solo al ver los dos prisioneros se habia ya casi disipado su severidad.

Adelantóse hácia el ministro caído y le alargó involuntariamente la mano, sin apercibirse de que el otro no correspondía á esa atención.

—Salud, conde de Griffenfeld...; y corrigiéndose, añadió:—Señor Schumacker!

Después calló, satisfecho y agotado por semejante esfuerzo.

Después de una corta pausa, preguntó Schumacker: ¿Sois vos el gobernador del Drontheimnus?

El general, sorprendido al verse interrogado por el mismo á quien él venia á interrogar, hizo una señal afirmativa.

—En ese caso tengo que exponeros una queja, respondió el prisionero.

—Una queja? sepamos de qué os quejais. Y el semblante del noble Levin adquirió la expresión del interés.

Schumacker continuó diciendo con su malhumor habitual:

—Una orden del virey prescribe que se me deje libre y tranquilo en esta torre...

—Conozco esa orden.

—Pues á pesar de eso, se permiten importunarme entrando en mi prisión.

—¿Quién? exclamó el general; decidme quién es el atrevido...

—Vos, señor gobernador.

Estas palabras, pronunciadas en tono altanero, ofendieron al general, que respondió casi irritado:

—Olvidais que mi poder, cuando se trata de servir al rey, no conoce límites.

—Mas que los del respeto que se debe á la desgracia, contestó Schumacker.

El ex-canciller decia esto entre dientes, pero le oyó el gobernador.

—Verdaderamente, señor Schumacker, hice mal en decir lo que dije; debí dejaros la cólera, ya que yo tengo el poder.

Schumacker quedó un momento silencioso; después dijo:

—Hay en vuestro rostro y en vuestra voz, señor gobernador, algo de un hombre que conocí en otros tiempos. Hace muchísimos años, y ya no hay quizás nadie más que yo que se acuerde de esa época, que fué la de mi prosperidad. Me refiero á un tal Levin de Kund, del Meclemburgo. Habéis conocido á ese loco?

—Le he conocido, contestó el general sin inmutarse.

—No le habéis olvidado? Yo creía que nadie se acordaba de los hombres más que en la adversidad.

—No era capitán de la milicia real? preguntó el gobernador?

—Sí, simple capitán, á pesar de que el rey le quería mucho; pero él solo pensaba en los placeres; carecía de ambición. Era singularmente extravagante. Imposible parece en un favorito semejante moderación en los deseos.

—Pero existe alguna vez.

—Yo le profesaba buen afecto, porque no me hacia sombra; era amigo del rey como lo era de cualquiera; le quería porque le satisfacía este cariño, pero no porque le proporcionara provecho.

Quiso el general interrumpir á Schumacker, pero éste prosiguió con tenacidad, sea por espíritu de contradicción, ó sea porque aquel recuerdo le complacía;

—Ya que conocísteis al capitán Levin, señor gobernador, sabéis sin duda que tuvo un hijo, que murió muy joven: ¿os acordáis de lo que sucedió cuando nació ese hijo?

—Mejor recuerdo lo que pasó á su muerte, contestó el general con voz alterada y ocultando los ojos con las manos.

—Es un suceso, prosiguió Schumacker con indiferencia, que pocos conocen y que pinta el carácter extravagante de Levin. El rey quiso sacar de pila al recién nacido, pero Levin rehusó este favor. Pero no hizo esto solo; además eligió para padrino de su hijo á un mendigo anciano, que pedía limosna á las puertas del palacio. Jamás pude comprender el motivo de ese acto de demencia.

—Pues yo voy á explicároslo, respondió el general. Al buscar un protector para el alma de su hijo, el capitán Levin creyó sin duda que un pobre es más poderoso que un rey ante Dios.

Schumacker reflexionó un instante y dijo:

—Teneis razon.

El gobernador quiso conducir la conversacion al objeto de su visita, pero Schumacker le detuvo.

—Permitidme, si conocísteis al capitán Levin, que os hable de él.

De cuantos hombres conocí en los tiempos de mis prosperidades, es el único cuyo solo recuerdo no me inspira disgusto ni horror. Si llevaba la excentricidad hasta la locura, en cambio por sus nobles prendas era caballero como pocos.

—No soy de esa opinion. Levin de Kund era como los demás hombres, y hay muchos que valen más que él.

Schumacker cruzó los brazos y dijo, alzando los ojos al cielo:

—Así son todos: en cuanto se elogia delante de ellos á un hombre digno de elogio, tratan al momento de denigrarle; emponzoñan hasta el placer de alabar con justicia... y eso que este placer es bastante raro.

—Si me conociérais no me acusaríais de denigrar al gen... quiero decir, al capitán Levin.

—Pues en cuanto á lealtad y á generosidad, contestó el prisionero, no ha habido dos hombres como el capitán Levin; decir lo contrario es calumniarle y al mismo tiempo elogiar desmesuradamente á la execrable raza humana.

—Os aseguro, repuso el gobernador, tratando de calmar la cólera de Schumacker, que no abrigo intencion pífida contra el capitán Levin.

—No digais eso: aunque era un loco, en lo demás ya quisieran parecerse los otros hombres, que todos son falsos, envidiosos, ingratos, calumniadores... ¿Sabéis que Levin de Kund daba á los hospitales más de la mitad de sus rentas?

—Ignoraba que vos lo supierais.

—Eso es! gritó el anciano preso con voz triunfante. ¡Esperaba poder insultarle á su sabor, fiado en que yo no sabia las buenas acciones de Levin!

—No, no, no...

—¿Creéis que no sé tambien que hizo dar el mando del regimiento que le destinaba el rey á un oficial que le hirió en un desafío, porque aseguraba que era más antiguo que él?

—Creía que esa buena acción habia permanecido oculta.

—¿Y por eso será menos plausible, señor gobernador del Drontheimnus? ¿Porque Levin ocultase sus virtudes, debemos negarlas? Los hombres serán siempre iguales. ¿Atreverse á confundir con la multitud al capitán Levin, al hombre que, no pudiendo salvar á un soldado, confeso y convicto de haberle querido asesinar, fué capaz de señalar una pensión á la viuda de su asesino?

—Quién no hubiera hecho otro tanto?...

Schumacker ya no pudo contenerse y exclamó:

—Quién?... vos, yo... Todo el mundo, señor gobernador. Porque llevais el brillante uniforme de general y esas placas de honor en el pecho, ¿creéis en vuestro mérito? Vos sois general y el pobre Levin habrá muerto siendo capitán. Verdad es que era loco y no pensaba en medrar.

—Si él no pensó, la bondad del rey suplió su negligencia.

—La bondad? decid la justicia... y sepamos, cómo le recompensó?...

—Su majestad ha recompensado á Levin de Kund más de lo que merecia.

—Eso es! exclamó el antiguo ex-ministro: un leal capitán, despues de treinta años de servicios, acaba por ser nombrado mayor; y esa alta merced, ¿os hace sombra, noble general? Bien dice un proverbio persa que el sol que se pone tiene envidia de la luna que nace.

Schumacker estaba tan irritado, que pudo apenas conseguir que le oyese:—Si me interrumpís sin cesar...

—No, no, prosiguió diciendo el prisionero; creí al principio reconocer alguna semejanza entre vuestras facciones y las del capitán Levin... ya veo que no os pareceis.

—Pero escuchadme...

—¡Escucharos para oír que Levin es indigno hasta de una miserable recompensa!

—Os juro que no es esa mi intencion.

—Quereis sostenerme que es, como los demás hombres, hipócrita, ingrato...

—No, no...

—Qué sé yo! ¿quizás que engañó á algun amigo, que persiguió á su bienhechor?...

—Repito que no es esa mi intencion.

—¿Sabéis que él determinó al vicescanciller Wind y á Scheel, á Vindig y al justicia Lasson, tres de mis jueces, á que opinaran que no se me debia aplicar la pena de muerte? ¿Y quereis que con sangre fria oiga que se le calumnia? Así se portó conmigo, y sin embargo, siempre le hice más daño que beneficio, porque yo soy como todos los demás hombres, vil y malvado.

El general Levin experimentaba singular emocion durante esta extraña conferencia. Era objeto á la vez de los ultrajes más directos y de las alabanzas más sinceras, y no sabia cómo tomar oyendo tan rudos elogios y tan adulatoras injurias. Estaba indignado y enternecido. Unas veces iba á enfurecerse y otras queria dar gracias á Schumacker. Presente, pero conservando el incógnito, le halagaba ver al feroz Schumacker defender en él y contra él á un amigo ausente, y solo hubiera deseado que su defensor empleara menos amargura y acritud en su panegírico. Pero en el fondo de su alma los furiosos elogios tributados al capitán Levin le hacian impresion más grata que las injurias dirigidas al gobernador de Drontheim le herian. Dirigiendo su afectuosa mirada al favorito caído, tomó el partido de dejarle exhalar su indignacion y su gratitud. Schumacker, despues de larga declamacion contra la ingratitude humana, cayó desplomado en su sillón, en brazos de la trémula Ethel, diciendo con dolorosa voz:

—Oh, hombres! ¿Qué os hice para tener la desgracia de conoceros?

El general no podia llegar al objeto importante de su visita á Munckholm, porque se volvió á despertar en él la repugnancia que le inspiraba la idea de atormentar al preso con el interrogatorio; á su compasion y á su enternecimiento contribuian dos razones poderosas: el estado de agitacion en que habia caído Schumacker no permitia creer que pudiese contestar de un modo satisfactorio, y por otra parte, discurriendo sobre el

asunto que allí le llevaba, no le parecia al confiado general que pudiera ser conspirador semejante hombre. ¿Pero cómo partir de Drontheim sin interrogar á Schumacker?

La triste necesidad de su empleo de gobernador venció otra vez todas sus vacilaciones, y dijo, suavizando todo lo que pudo el acento de su voz:

—Calmad un poco vuestra agitacion, conde Schumacker.

Por inspiracion el buen gobernador encontró la antedicha calificacion, como para conciliar el respeto debido al juicio de degradacion con las atenciones que reclamaba la desgracia del degradado, y unió su título nobiliario á su nombre plebeyo.

—Es un deber penoso para mí...

—Ante todo, interrumpió diciendo el ex-ministro, permitidme, señor gobernador, que os vuelva á hablar de lo que me interesa mucho más que cuanto su excelencia pueda decirme. Me asegurásteis que el capitán Levin habia obtenido la recompensa de sus servicios; desearia saber cómo fué recompensado.

—Su majestad, señor de Griflenfeld, elevó al capitán Levin al rango de general, y hace más de veinte años que ese loco envejece tranquilamente, honrado con esa dignidad militar y con el aprecio de su rey.

Schumacker inclinó la cabeza y dijo:

—Sí; el loco de Levin, á quien importaba poco llegar á viejo siendo aun capitán, morirá general, y el juicioso Schumacker, que esperaba morir siendo gran canciller, envejece siendo prisionero de Estado.

Hablando así el ex-ministro, cubrióse el rostro con las manos y exhaló del pecho profundos suspiros.

—Padre mio, mirad; allá abajo, al Norte, se vé brillar una luz que no hemos visto las anteriores noches.

En efecto, la noche, que era ya muy entrada, hacia resaltar en el horizonte una luz débil y lejana, que parecia salir de la cumbre de algun monte distante; pero como ni los ojos ni el espíritu de Schumacker se dirigian constantemente hácia el Norte, como los de Ethel, nada respondió. Solo el general hizo presa de la observacion de la jóven.

—Quizás es, se dijo á sí mismo, una hoguera encendida por los rebeldes, y esta idea le recordó con energía el objeto de su visita. Dirigió, pues, la palabra al prisionero:

—Señor Schumacker, siento molestos, pero es preciso que sufráis...

—Comprendo, señor gobernador; no basta que yo pase los años y la vida consumiéndome en esta torre; que viva deshonorado y abandonado, sin más compañía que los amargos recuerdos de mi grandeza y de mi poder: es menester que vengais á violar mi soledad para escrutar mis dolores y gozaros de mi desgracia. Si el noble Levin de Kund, á quien os pareceis, es general como vos y ocupara vuestro destino, él, yo os lo juro, señor gobernador, no hubiera venido á atormentar á un desgraciado en su prision.

Durante el curso de esta rara entrevista estuvo el general más de una vez tentado de nombrarse, á fin de que ésta terminase, pero esta reconvención indirecta de Schumacker le imposibilitó ya de hacerlo; tan conformes estaban estas ideas del preso con los sentimientos íntimos de Levin, que casi le hicieron que se avergonzara de sí mismo; procuró, sin embargo, responder á la abrumadora suposición de Schumacker. Por la sola diferencia de caracteres, aquellos dos hombres habian cambiado recíprocamente de posición; el juez se veía hasta cierto punto obligado á justificarse ante el acusado.

—Si el deber lo hubiese exigido, no dudeis que Levin de Kund lo cumpliría, por penoso que le fuese.

—Pues no dudeis, señor gobernador, que hubiera renunciado con la generosa indignación de su alma el empleo de espiar y de aumentar las torturas de un desventurado preso. Le conozco mejor que vos: nunca se hubiera avenido á desempeñar el oficio de verdugo. Ahora, general, os escucho. Cumplid con lo que llamais vuestro deber. ¿Qué exige de mí vuestra excelencia?

El venerable ex-ministro fijaba, diciendo esto, su mirada altiva en el gobernador. La resolución de éste volvió á disiparse y sus primeras repugnancias se despertaron en él, pero se despertaron invencibles.

—Tiene razon, se dijo á sí mismo; no debo atormentar á un desgraciado por simples sospechas. ¡Que cargue otro con esa comision!

El efecto de estas reflexiones fué decisivo. En seguida acercóse al atónito Schumacker, le estrechó la mano, y saliendo precipitadamente, por via de despedida le dijo:

—Conde Schumacker, conservad siem-

pre el afecto que profesais al general Levin de Kund.

## XXV.

El LEON.  
Oh! TESEO.  
Buen rugido, leon!  
(SHAKESPEARE.)

El viajero que en nuestros días recorre las montañas cubiertas de nieve que rodean el lago de Smiasen como un blanco cinturón, no encuentra ya ningún vestigio de lo que los noruegos del siglo XVII llamaban las ruinas de Arbar. No se ha podido saber de qué humana construcción, de qué especie de edificio provenian esas ruinas, si ese nombre puede dárselas. Saliendo del bosque que cubre la parte meridional del lago, después de trepar por una cuesta sembrada de pedazos de pared, restos acaso de antiguas torres, se llega á una abertura abovedada, que penetra en el interior del monte. Esta abertura, enteramente obstruida hoy por los desmoronamientos del terreno, era entonces la entrada de una especie de galería labrada en la roca viva, que atravesaba la montaña de parte á parte.

Esta galería, escasamente alumbrada por respiraderos cónicos, practicados en la bóveda de trecho en trecho, desembocaba en una especie de sala oblonga y ovalada, que terminaba en una á modo de mazonería ciclópea. Alrededor de esta sala se veían, colocadas en nichos profundos, figuras de granito, groseramente trabajadas. Algunos de estos misteriosos simulacros, derribados de sus pedestales, yacían amontonados sobre las losas de otros escombros informes, cubiertos de yerbas y de musgo, á través de los que serpenteaban sapos y arañas y todos los insectos asquerosos que nacen de la humedad de las ruinas.

No penetraba la luz en aquel sitio más que por una puerta frontera á la boca de la galería. Tenía dicha puerta, vista por cierto lado, forma ogiva, pero grosera, sin fecha ni época fija, y dada á aquella arquitectura por casualidad. Pudiera dársela á aquella puerta, aunque llegaba hasta el suelo, el nombre de ventana, porque se abría sobre un inmenso precipicio; nadie comprendía adónde podrian conducir tres ó cuatro escalones de piedra suspendidos sobre el abismo, por fuera y al pié de aquella singular salida.

Esa sala era el interior de una espe-



CAYERON LOS DOS AL SUELO.

cie de torreón gigantesco, que, visto de lejos por el lado del precipicio, parecía uno de los picos de la montaña. Este torreón estaba aislado y nadie sabía á qué edificio había pertenecido; se distinguía solamente por debajo, sobre plano inaccesible al más intrépido cazador, una mole, que podía tomarse, á causa de la distancia, por una roca curva ó por el fragmento de un arco colosal. Eran conocidos por el nombre de ruinas de Arbar en toda la comarca este torreón y este derruido arco, ignorando todos así el origen del nombre como el origen del monumento.

En una gran piedra, situada en medio de esta sala elíptica, un hombrecillo, vestido de pieles de animales, está sentado, vuelto de espaldas á la luz, ó por mejor decir, al vago crepúsculo que penetra en el sombrío torreón durante el ardiente sol del medio día. Dicha claridad, que es la mayor luz que puede llegar hasta el torreón, no es suficiente para poder distinguir de qué naturaleza es el objeto sobre el que se encorva el monstruo. Oyense gemidos sordos, y puede creerse que se escapan de aquel cuerpo si nos fijamos en los débiles movimientos que hace de vez en cuando. Algunas veces se incorpora el bandido y lleva á los labios una especie de copa, que tiene la forma de un cráneo, llena de licor humeante, cuyo color no se puede distinguir y que saborea bebiendo largos y frecuentes tragos.

—Oigo pasos en la galería, dijo levantándose repentinamente; ¡será acaso el gran canciller de los dos reinos!

Tras las palabras arrojó terrible cargada, que terminó en un rugido salvaje, al que respondió inmediatamente un aullido que salía de la galería.

—Oh! añadió el huésped de las ruinas de Arbar; no es un hombre, pero también es un enemigo. Es un lobo.

En efecto, por debajo de la bóveda de la galería salió un lobo enorme: detiéndose un momento y después se acerca oblicuamente al hombre, rastreando y fijando en él sus ojos ardientes, que relucen en la sombra. El bandido le mira inmóvil, de pie y con los brazos cruzados.

—Es el famoso lobo gris, el lobo más viejo de los bosques de Smiasen, dijo. Buenos días, lobo: tus ojos brillan, tienes hambre y el olor de los cadáveres te atrae... Pronto atraerás tú también á otros lobos hambrientos.—Bien venido seas, lobo; tenía muchos deseos de en-

contrarte. Eres tan viejo que dicen en esta comarca que no puedes morir; ya no lo dirán mañana.

Respondió el animal con un aullido espantoso; dió un brinco hácia atrás y se lanzó de un salto sobre el bandido.

Este no retrocedió. Veloz como el rayo, con el brazo derecho apretó el vientre del lobo, que en pie delante de él le había echado las dos garras sobre los hombros; con la mano izquierda preservó el rostro de las abiertas fauces de su enemigo, agarrándole por el cuello con tanta fuerza, que el lobo, obligado á levantar la cabeza, apenas pudo articular un grito de dolor.

—Lobo de Smiasen, dijo el bandido triunfante; desgarras mi traje, pero tú piel lo reemplazará.

En el momento en que mezclaba á estas palabras de victoria algunas voces de extraño dialecto, un esfuerzo convulsivo del lobo en la agonía le hizo tropezar contra las piedras diseminadas por la estancia y cayeron los dos al suelo, confundiendo los rugidos del hombre con los aullidos de la fiera.

Precisado el bandido á soltar al caer la garganta del lobo, sentía ya hundirse en su espalda los dientes cortantes de la fiera, cuando revolcándose el uno sobre el otro los dos combatientes, tropezaron con una enorme masa blanca velluda, que yacía en el rincón más tenebroso de la habitación. Era un oso, que se despertó de su pesado sueño gruñendo. Apenas abrió bastante los perezosos ojos para poder apreciar la lucha, se precipitó con furor, no sobre el hombre, sino sobre el lobo, que en este momento triunfaba; cogióle violentamente con sus dientes por el medio del cuerpo, separándole del combatiente de rostro humano.

Este, en vez de mostrarse agradecido á tan gran servicio, se levantó lleno de sangre y, lanzándose sobre el oso, le dió en el vientre un terrible puntapié, como un amo que castiga á su perro por haber cometido alguna falta.

—Friend! quién te ha llamado? ¿Por qué te inmiscuyes en mis asuntos?

Lanzó estas palabras entrecortándolas con interjecciones furibundas y con rechamamientos de dientes.

—Vetel! añadió lanzando un rugido.

El oso, que había recibido un puntapié del hombre y una dentellada del lobo, exhaló un murmullo lastimero, y luego, agachando la pesada cabeza, soltó á la hambrienta fiera, que se precipitó sobre el hombre con más rabia que antes.

Mientras continuaba la lucha, el oso, rechazado, volvió al sitio donde antes dormía, sentándose gravemente, echando miradas indiferentes á los dos enemigos furiosos; guardó el más profundo silencio y pasó alternativamente cada una de las patas delanteras sobre la extremidad de su morro blanco.

El bandido, en cuanto volvió á atacarle el decano de los lobos del Smiasen, cogió el sangriento hocico de la fiera, y luego, con esfuerzo inaudito de fuerza y de destreza, logró apretarle la garganta entera con la mano. Revolvióse el lobo con terribles sacudidas de rabia y de dolor; espuma lívida le salía de los labios comprimidos, y sus ojos, hinchados de cólera, parecían salirse de las órbitas. De los dos combatientes, no era el hombre, sino el animal, el que tenía los huesos atarazados por agudos dientes y las carnes desgarradas por cortantes uñas; y no era la fiera, sino el hombre, el que aullaba con más ferocidad.

Por fin éste, reunidas las fuerzas, ya casi agotadas por la larga resistencia del lobo, apretóle el hocico con tal vigor con las dos manos, que al instante saltó la sangre de la nariz y de la boca de la fiera; sus ojos de llama se apagaron, medio cerrándose, vaciló y cayó inanimado á los pies del vencedor. Por el movimiento débil y continuo de la cola y por los temblores convulsivos é intermitentes que corrían por todo su cuerpo, se conocía que aun no estaba completamente muerto. De pronto una convulsión general produjo en la fiera el último estremecimiento y cesaron los síntomas de la vida.

—Moriste al fin, lobo cerval, dijo el monstruo, dándole con el pié desdeñoso empellón: ¿ereias seguir envejeciendo despues de encontrarte conmigo? Ya no te deslizarás con sordos pasos por la nieve siguiendo el olor y las huellas de tu presa; ya no sirves más que para pasto de otros lobos ó de buitres. Bastantes viajeros extraviados alrededor del Smiasen has devorado durante tu larga vida de sangre y de carnicería; ahora has muerto, y es lástima! ya no comerás carne de hombre.

Cogió una piedra cortante, agachóse sobre el cuerpo tibio y palpitante del lobo, rompió las junturas de los miembros, separó la cabeza de las espaldas, hendió la piel en toda su longitud sobre el vientre, arrancóla como si quitase á un hombre una chaqueta puesta, y en un abrir y cerrar de ojos no quedó del

formidable lobo del Smiasen más que el esqueleto desnudo y ensangrentado. Echóse la piel del animal sobre las espaldas llenas de terribles mordeduras, volviendo hácia fuera el lado desnudo de la piel, húmeda y listada con largas venas de sangre.

—Es preciso, dijo, cubrirse con la piel de los animales: la del hombre es demasiado sutil para preservarse de los grandes fríos.

Mientras eso decía, el oso, fatigado sin duda de su larga inacción, habíase acercado furtivamente al otro objeto tendido en la sombra, de que hablamos al principio de este capítulo, y pronto salió de aquella parte tenebrosa de la estancia sonido de mandíbulas que chocaban, mezclado con suspiros de agonía débiles y lastimeros. El bandido volvió la cabeza:

—Friend! gritó con voz amenazadora... Friend...! Aquí... ven aquí!...

Cogió una piedra gruesa y la arrojó á la cabeza del oso, que, aturdido del choque, abandonó su festín y fué lamiéndose el hocico á acurrucarse á los pies del bandido, hácia el que levantaba la enorme cabeza, encorvando la espina dorsal como para pedir merced por su indiscreción.

Hubo entonces entre los dos monstruos, porque bien puede darse este nombre al habitante de las ruinas de Arbar, correspondencia recíproca de significativos gruñidos: los del hombre expresaban el poder y la cólera; los del oso la súplica y la sumisión.

—Ahí tienes, dijo al fin el bandido, señalando con el dedo el cadáver desollado del lobo; esa es tu presa; déjame á mí la mia.

El oso, despues de olfatear el cadáver del lobo, meneó la cabeza con aire mohino, volviendo la vista hácia el hombre, que era al parecer su amo.

—Te comprendo, le dijo; está ese cuerpo demasiado muerto para tí, mientras que el otro palpita aun. Eres refinado en tus voluptuosidades como un hombre; quieres que tu alimento viva mientras tú lo despedazas; te gusta que la carne muera cuando tú la hincas el diente; no gozas si no haces sufrir... Nos parecemos, Friend, porque yo no soy hombre, soy superior á esa especie miserable, soy una fiera como tú. Quisiera que hablases para que me dijeras si es igual mi alegría á la que hace palpar tus entrañas de oso cuando devoras las entrañas del hombre; pero no, no quisiera oírte hablar,

—Es preciso, dijo, cubrirse con la piel de los animales: la del hombre es demasiado sutil para preservarse de los grandes fríos.

Mientras eso decía, el oso, fatigado sin duda de su larga inacción, habíase acercado furtivamente al otro objeto tendido en la sombra, de que hablamos al principio de este capítulo, y pronto salió de aquella parte tenebrosa de la estancia sonido de mandíbulas que chocaban, mezclado con suspiros de agonía débiles y lastimeros. El bandido volvió la cabeza:

—Friend! gritó con voz amenazadora... Friend...! Aquí... ven aquí!...

Cogió una piedra gruesa y la arrojó á la cabeza del oso, que, aturdido del choque, abandonó su festín y fué lamiéndose el hocico á acurrucarse á los pies del bandido, hácia el que levantaba la enorme cabeza, encorvando la espina dorsal como para pedir merced por su indiscreción.

Hubo entonces entre los dos monstruos, porque bien puede darse este nombre al habitante de las ruinas de Arbar, correspondencia recíproca de significativos gruñidos: los del hombre expresaban el poder y la cólera; los del oso la súplica y la sumisión.

—Ahí tienes, dijo al fin el bandido, señalando con el dedo el cadáver desollado del lobo; esa es tu presa; déjame á mí la mia.

El oso, despues de olfatear el cadáver del lobo, meneó la cabeza con aire mohino, volviendo la vista hácia el hombre, que era al parecer su amo.

—Te comprendo, le dijo; está ese cuerpo demasiado muerto para tí, mientras que el otro palpita aun. Eres refinado en tus voluptuosidades como un hombre; quieres que tu alimento viva mientras tú lo despedazas; te gusta que la carne muera cuando tú la hincas el diente; no gozas si no haces sufrir... Nos parecemos, Friend, porque yo no soy hombre, soy superior á esa especie miserable, soy una fiera como tú. Quisiera que hablases para que me dijeras si es igual mi alegría á la que hace palpar tus entrañas de oso cuando devoras las entrañas del hombre; pero no, no quisiera oírte hablar,

—Es preciso, dijo, cubrirse con la piel de los animales: la del hombre es demasiado sutil para preservarse de los grandes fríos.

Mientras eso decía, el oso, fatigado sin duda de su larga inacción, habíase acercado furtivamente al otro objeto tendido en la sombra, de que hablamos al principio de este capítulo, y pronto salió de aquella parte tenebrosa de la estancia sonido de mandíbulas que chocaban, mezclado con suspiros de agonía débiles y lastimeros. El bandido volvió la cabeza:

—Friend! gritó con voz amenazadora... Friend...! Aquí... ven aquí!...

porque tu voz me recordaria la voz humana. Ruge á mis pies con ese rugido que hace estremecer en la montaña al pastor extraviado y que oigo como voz amiga, porque me anuncia un enemigo. Levanta la cabeza hácia mí, lame mis manos con esa lengua que ha bebido tantas veces sangre humana. Tienes, como yo, los dientes blancos, y sin embargo, no es culpa nuestra si no están rojos como una llaga reciente; pero la sangre lava la sangre.—He visto más de una vez, desde el fondo de una negra caverna, á las doncellas de Kole y de Oelme lavar los pies desnudos en el agua de los torrentes, cantando con melodiosa voz; pero yo prefiero, á esas voces dulces y á esas figuras de nieve y rosa, tu garganta velluda y tus gritos roncros, porque aterran al hombre.

Decía todo lo antecedente el bandido sentado en una gran piedra y abandonando la mano á las caricias del monstruo, que, revolcándose sobre la espalda á sus pies, se las prodigaba de mil maneras, como un falderillo que hace monadas en el sofá de su señora.

Lo más singular de aquella escena era la atención inteligente que prestaba, al parecer, el oso á las palabras de su amo. Los extraños monosílabos con que éste las interpolaba lo daban á entender, y manifestaba esta comprensión levantando súbitamente la cabeza ó rumiando confusos gruñidos en el fondo de la garganta.

—Los hombres dicen que huyo de ellos, repuso el bandido, pero ellos son los que huyen de mí, haciendo por cobardía lo que yo haría por odio. Tú sabes, sin embargo, que no me desagrada encontrar un hombre cuando tengo hambre ó sed.

En este momento vió en el fondo de la galería insinuarse y crecer por grados una luz rojiza, coloreando débilmente las antiguas y húmedas paredes de la estancia.

—Aquí viene uno justamente: cuando se habla del infierno, enseña los cuernos Satanás. Hola, Friend! Levántate!

Obedeció el animal con prontitud.

—Vamos; justo es recompensar tu obediencia satisfaciendo tu apetito.

Hablando así, inclinóse el hombre hácia el objeto que yacía en tierra: un momento despues resonó crujido de huesos quebrantados por el hacha, pero ya no se oyeron suspiros ni gemidos.

—Parece, murmuró el monstruo, que ya no hay más que dos vivos en esta es-

tancia.—Toma, amigo Friend, acaba tu comenzado festín.

Arrojó entonces hácia la puerta exterior de que hemos hablado lo que había arrancado al objeto tendido á sus pies. El oso se precipitó sobre aquella presa con tal avidez, que la mirada más rápida ni hubiera podido conocer si aquel pedazo tenía ó no la forma de un brazo humano, cubierto de paño verde, parecido al del uniforme de los arcabuceros de Munckholm.

—Ya se acerca, dijo el bandido, con los ojos fijos en la luz, que crecía y se acercaba más y más. Compañero Friend, déjame solo un instante. Hola! Fuera!...

El obediente oso se encaminó hácia la puerta, bajó andando hácia atrás los escalones exteriores y desapareció, llevándose entre los dientes su asquerosa presa, lanzando un aullido de satisfacción.

En el mismo instante apareció un hombre bastante alto en la salida de la galería, cuyas profundas revueltas reflejaban aun un vago resplandor. Venía embozado en una larga capa de color oscuro y llevaba en la mano derecha una linterna sorda, cuya luz dirigió al rostro del salvaje habitante de las ruinas de Arbar.

Este, sentado aun encima de la piedra y con los brazos cruzados, exclamó:

—Mal llegado seas, ya que vienes aquí traído por un pensamiento y no por un instinto.

El recién venido, sin responder, le contemplaba con atención.

—Mírame, prosiguió el bandido levantando la cabeza, porque puede que dentro de una hora no puedas jactarte de haberme visto.

El embozado, paseando la luz de la linterna por toda la figura del hombrecillo, parecía más sorprendido que aterrado.

—De qué te admiras? añadió riendo el monstruo; tengo brazos y piernas como tú, con la diferencia de que mis miembros no serán dentro de poco pasto de los lobos y de los cuervos, como los tuyos.

El embozado respondió en fin en voz baja, pero enérgica, como temiendo ser oído desde fuera:

—Escuchadme; vengo como amigo, no como enemigo.

El otro le contestó:

—Entonces, ¿por qué no te has despojado de tu forma de hombre?

—Mi intención es prestaros un servicio, si sois el que busco.